

[08] **Misa del silencio con los cantos de Rafael Cassiani**

¿Cómo darle el último adiós a quien despedía con sus canciones a los muertos de San Basilio de Palenque? A un año de su partida, la vida de Rafael Cassiani, líder del Sexteto Tabalá, quizá la agrupación palenquera más importante de Colombia, sigue recordándose a son de tambores y cantos de bulle-
rengue y lumbalú, los mismos que se escucharon en su funeral. Esta es la crónica de su despedida en el pueblo que disfrutó las melodías de su marímbula y de su voz.

POR DAVID LARA RAMOS

[18] **PERFIL**

La detective forense de Veracruz

Entre lo universal y lo local, entre la tradición y la cultura pop, Fernanda Melchor ha puesto la lupa en la realidad social de México; sus violencias tangibles y simbólicas. Retrato de una escritora que con sus libros ha caminado como una funambulista por una línea gótica y terrorífica, que se define ante todo como una ama de casa y que ha logrado lo que muy pocos autores consiguen en América Latina: vivir de lo que escribe.

POR JUAN SEBASTIÁN LOZANO

[24] **POESÍA**

Prisma

UN POEMA DE LOUISE GLÜCK

TRADUCIDO POR PRIMERA VEZ AL ESPAÑOL

[28] **BREVIARIO**

El Quijote, un detective salvaje

El aura hippie de un taller de siembra y escritura es el pretexto para reflexionar sobre los parentescos entre el más alucinado de los caballeros y los poetas real visceralistas del famoso libro de Roberto Bolaño.

POR ANDRÉS DELGADO

¿Cómo vencer la melofobia?

Irritado por el sonsonete del lugar, el pianista japonés Ryūichi Sakamoto decidió alguna vez crear una playlist para uno de sus restaurantes favoritos. Este año publicó *r2*, un álbum que conjura esa irrelevancia de la música lounge y que, escuchado ahora, un par de meses después de su fallecimiento, suena a elegía.

POR ATAHUALPA ESPINOSA

Novelistas y nalgas

¿Habrá alguna relación entre la masa y redondez de las posaderas y la escritura kilométrica de los novelistas?

POR RODOLFO LARA MENDOZA

[36] Memorias agrietadas

La vejez, ese viento suave que les arranca poco a poco las hojas a los algarrobos, se está extendiendo de manera acelerada por distintas zonas periféricas del Perú. Acá el testimonio de un grupo de adultos mayores en la costa, sierra y selva del país, de su fragilidad física y mental y de cómo el abandono estatal ha invisibilizado su cultura y sus tradiciones.

POR IRENE ARCE Y SUSANA LAY

[46] FICCIÓN**Apuntes sobre el invierno**

UN CUENTO DE NICOLÁS ROCHA CORTÉS

[50] Oriente en Occidente

UNA CONVERSACIÓN CON PABLO POSADA PERKINOFF
La estética de este artista plástico entabla un diálogo entre materiales no convencionales, como el vidrio y la tumbaga, y la cultura oriental. Influenciado por la física y las matemáticas, Pablo Posada Perkinoff se ha propuesto explorar la filosofía zen y los silenciosos movimientos de la naturaleza en sus obras, piezas en las que se puede palpar cómo el tiempo echa raíces y florece sobre las cosas.

POR ANDRÉS HOYOS

[60] POR LA VENTANA**Autorretrato de un cuentista irredento**

El director de *El Malpensante* asume el reto de volver a su ya conocida vocación de cuentista zambulléndose hasta el fondo en el género, y desmarcándose de las tendencias narrativas contemporáneas. Este es el epílogo de su próximo libro de cuentos.

UNA COLUMNA LITERARIA DE ANDRÉS HOYOS

[62] ¿En qué se parecen los libros a los gatos?

UNA CONVERSACIÓN CON FABIO MORÁBITO

Dueño de una voz versátil y honda, capaz de transitar los caminos de la narrativa y la poesía con el mismo desparpajo, Fabio Morábito se ha consolidado como uno de los escritores mexicanos vivos más importantes. Un periodista colombiano habla con él sobre el problema de las grandes bibliotecas personales, la originalidad de Kafka y la belleza de los nombres propios.

POR ERICK C. DUNCAN



www.elmalpensante.com

Instagram: [revistaelmalpensante](https://www.instagram.com/revistaelmalpensante)

Twitter: [@malpensante](https://twitter.com/malpensante)

facebook.com/[elmalpensante](https://www.facebook.com/elmalpensante)



el malpensante

LECTURAS PARADÓJICAS **251** MAYO 2023 | WWW.ELMALPENSANTE.COM

P.M.P. \$25.000 • U.S\$6.50



BREVIARIO

ANDAR Y VER EN POCAS PALABRAS

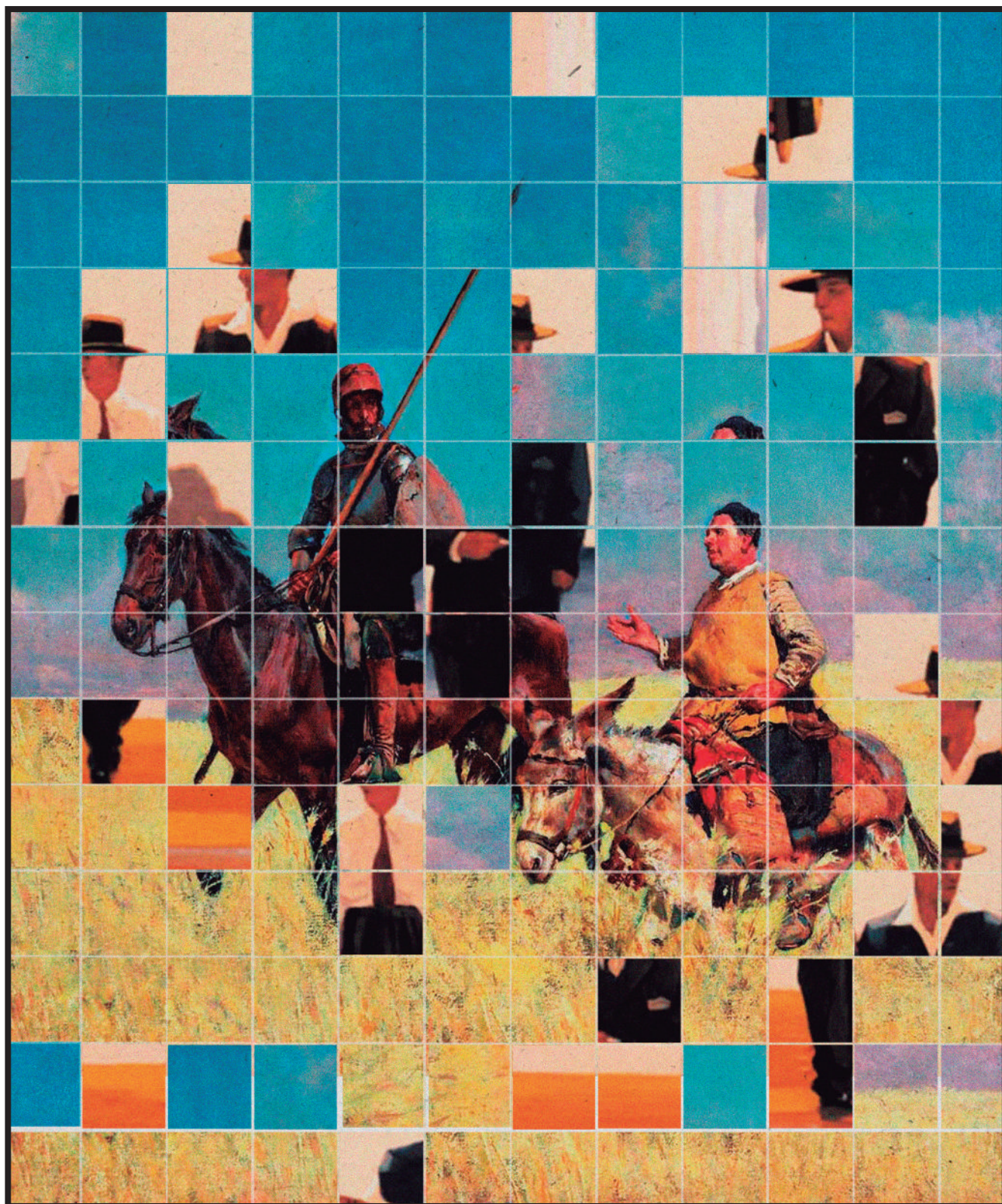


Ilustración de León LeGrand.

EL QUIJOTE, UN DETECTIVE SALVAJE

POR ANDRÉS DELGADO

Hace unas semanas, el hippie Carlos-Cebolla me comentó entusiasmado sobre su taller de escritura creativa ecológica. Así lo llamaba, y yo por dentro: “Dios mío, dame paciencia”. Con sus colegas combinaba el mantenimiento de la huerta, las plantas aromáticas, el jardín y la poda de su árbol de aguacate con la lectura de poemas escritos por ellos mismos. Era una gran idea, me repetía: “Mezclar a la madre naturaleza con la lengua madre”.

En una finca de Santa Elena, al oriente de Medellín, no irían al trabajo: irían a sembrar y a leer. Mientras Carlos-Cebolla entraba en detalles, yo me rascaba la cabeza. El hombre es un idealista, un romántico, un exagerado, como cualquier romántico. Recordé a otros de su misma raza: a Arturo Belano, a Ulises Lima y, claro, al Quijote. La relación fue arbitraria y azarosa, pero ya teniéndola en la mente, no había otra opción que aprovecharla. Más cuando yo sí pensaba ir a trabajar.

Arturo Belano y Ulises Lima son los protagonistas de la novela *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño, un relato apalancado en la búsqueda de Cesárea Tinajero, poeta símbolo de la vanguardia. Los dos pretenden encontrarla, entre otras cosas, para que explique sus poemas, su movimiento estético. Durante esta peripecia juvenil, iniciada en el México de 1975, Belano y Lima fundan un movimiento poético al que llaman “realismo visceral”. Y bueno, si Bolaño dice que sus personajes fundaron un movimiento con ese nombre, no se entiende el escándalo mío cuando Carlos-Cebolla habla de un taller de escritura creativa ecológica.

El caso es que para Belano y Lima es de una importancia vital encontrar a Tinajero. Esa búsqueda parece una simpleza, una bobada, un esfuerzo que para muchos no valdría la pena,

aún más cuando se pone en riesgo la vida. Y, sin embargo, estos personajes se parten la espalda para lograrlo (no vamos a hacer el spoiler, por ahora). Son unos idealistas, unos románticos, excesivos y exagerados, unos Quijotes, unos hippies pensando en literatura ecológica, en el empeño de mezclar la tierra y la poesía.

Belano y Lima no están buscando la fortuna, ni el amor, ni los negocios, ni la fama, pero cuando hablan de su movimiento literario lo hacen como si fuera su única tabla de salvación. Y se les cree: la novela es eficaz y su verosimilitud no es gratuita, pues vamos de la mano de un capo de la literatura. Ya metidos en la novela, entendemos la vitalidad de la empresa. Lo mejor es intentar bajar a un nivel más profundo de lectura y apostar a una interpretación: ¿qué carajos tiene que ver todo con el *Quijote*?

Calma.

Primero: el mérito de Cervantes fue precisamente haber creado lo que tantas veces se ha dicho: un símbolo de la inutilidad, un idealista Quijote. Belano y Lima son unos quijotes, y don Quijote fue el primer detective salvaje de la literatura. Mientras, por un lado, unos están empecinados en su realismo visceral, buscando a la poeta Cesárea Tinajero, por el otro está el viejo creyéndose caballero, recibiendo palizas y buscando aventuras de caballería. Unos románticos, unos exagerados.

A continuación, enlistaré un par de semejanzas, como ya dije, arbitrarias y azarosas. La primera es que ambas novelas narran las historias de dos personajes, de dos amigos, de dos contertulios: Belano y Lima, Sancho y Quijote. Ambas parejas buscan a una mujer: Tinajero y Dulcinea. Ambas mujeres materializan una metáfora. El reto es apostar a una interpretación de esa mujer.

Las dos novelas son de aventuras, de viajes, de nómadas: don Quijote por los caminos de España; Belano y

Lima por México, Nicaragua, Francia, Austria, Israel y África. En la primera parte de *Los detectives salvajes* se dice que los realvisceralistas caminaban “de espaldas, mirando un punto pero alejándose de él, en línea recta hacia lo desconocido”. ¿La vanguardia?

En ambas novelas se habla constantemente sobre literatura: en una están las novelas de caballería, sus convenciones y conflictos, sus guerras y personajes (como lo dijo Estanislao Zuleta: “El Quijote no puede dejar de leer la realidad según sus referentes libresco”); en la otra, la sombra constante de la poesía latinoamericana: Paz, Vallejo, Parra, Pizarnik, y el resto del combo. Ambas son metaliterarias, literatura sobre literatura.

La última semejanza –dejando por fuera otras yo no sé cuáles, pero seguro hay más, y sin mencionar el descenso a la cueva de Montesinos– es que ambos libros se ocupan de aclarar sucesos, comentarlos y apostar por una explicación.

A los lectores nos queda el mismo reto: intentar una interpretación. En el *Quijote* muchos han apostado por una. Es famosa la de Kafka, quien dijo que el Quijote era un fantasma inventado por Sancho Panza. Y en nuestro entorno es muy interesante la lectura que hizo Zuleta. En cuanto a *Los detectives* (y acá viene el spoiler, deje de leer si cree que la narrativa se limita a finales inesperados), creo que en esa búsqueda de los dos poetas está la metáfora de encontrar y matar a la vanguardia. Asesinar la vanguardia, dejarla atrás, asimilarla y seguir vagando por un mundo sin metas ni horizontes.

Una nota al margen: *Los detectives* se divide en tres partes tituladas “Mexicanos perdidos en México”, “Los detectives salvajes” y “Los desiertos de Sonora”. Una propuesta de lectura es leer de un tirón la primera y la tercera parte. Luego ir por la segunda. Creo que podría ser una forma de acercarse a esta gran novela y en-

tenderla un poco más. Bolaño fue un gran tramposo y estafador, por eso nos encanta. Lo que hizo fue escribir una primer historia, la parte I y II, después agarró el mamotreto, lo partió a la mitad y empotró la segunda parte. Por eso, si se lee de corrido la primera y la tercera parte, el libro tendría un poco más de sentido.

Volviendo con Carlos Cebolla: ¿qué quiere este hippie abraza-árboles cuando se pone a sembrar y a leer? Honestamente, no tengo la menor idea. A lo mejor lo que quiere es dejar de estar solo en los fríos bosques de pinos de Santa Elena. No sé. Cada romántico con su tema. Porque eso es Carlos Cebolla: un idealista, un exagerado, un excesivo, aparatoso, repetitivo, solemne, enfático, abultado, desmedido; en últimas, un quijote, un detective salvaje. Por eso: porque todos los románticos son así, unos exagerados. Ellos, los románticos... Ellos, a mí no me mire así. ●

— **ANDRÉS DELGADO** (MEDELLÍN, 1978). Ha publicado las novelas *Sabotaje* con la Editorial Planeta y *El vértigo del viaje (una novela, pero quizás no)* con el Plan de Lectura de Medellín. Además, es autor de la colección de crónicas *Noches de stripteás*, publicada por Intermedio Editores.

¿CÓMO VENCER LA MELOFOBIA? POR ATAHUALPA ESPINOSA

Melofobia: la incapacidad de escuchar música sin sentir pánico o angustia. Por llamativa que parezca, probablemente solo existe como idea. Su rastro documental no incluye cuadros clínicos que coincidan completamente con su descripción (casi siempre se trata de una fobia hacia ciertos estilos de música o al volumen extremo). En línea, los sitios que hablan de ella tienen el inconfundible aroma de la pseudopsicología, que se ha vuelto tan popular como herramienta para patologizar a otra persona,

lejana o cercana, empezando por uno mismo. No se citan casos verificables y está ausente todo rigor teórico o clínico en sus textos, aunque se describen profusamente los síntomas (por otra parte, idénticos a los de cualquier fobia).

La melofobia no está catalogada por el infame Manual de Trastornos Psiquiátricos (DSM-5 es su última versión), también conocido como el código penal de la vida subjetiva. No caeré en la trampa de negar su existencia por influencia de la Asociación Estadounidense de Psiquiatría: el hecho de que no conozca un caso de primera mano no entra en conflicto con la posibilidad. Hay más fobias que cucarachas. Pero, como en el caso de otros usos del sufijo *fobia*, las posibilidades son más fértiles en el plano simbólico: no es una afección clínica que incapacita a una persona cada vez que escucha sonidos musicales sino una aversión estética o moral. Aquí la aversión estaría dirigida a la ubicuidad de la música o a ciertos estilos de música.

Esto último resulta de lo más familiar. Así como no tengo a la mano la referencia de un caso clínico de melofobia, tampoco conozco a alguien que no sienta rechazo hacia una o más formas específicas de música. Es un rasgo compartido por cualquier persona que se encuentra con la música en la cotidianidad, ya sea bienvenida o no, especialmente en los sitios públicos (es decir, casi cualquier persona actual).

Incluso bajo la maquinaria pesada del pop de la última década sigue siendo común encontrar personas, casi siempre con ciertas pretensiones de exquisitez, que dicen odiar el reguetón (cosa que a estas alturas equivale a algo muy parecido a odiar internet o las líneas rectas). Por fortuna para ellas, el fin del dominio en listas de ventas de este y otros ritmos antillanos adyacentes se antoja próximo, pero es inevitable pensar que tal vez podrían haber llevado una existencia más plácida si hubieran hecho las paces con su vigencia.

En mi caso, ese odio está dirigido (entre otras cosas, aunque hacia allá en especial) a las estudiantinas. Además del asco que me despierta su parte estrictamente sonora, las asocio con entornos dados al machismo y las ideologías de conservadurismo extremo. Sucede que los deseos de exterminio hipotético de estilos musicales se refieren, casi siempre, a la desaparición de ciertas tendencias ideológicas o tipos sociales.

En la novela *Una modesta aportación a la historia del crimen* (1991), de Damián Alou, el protagonista, con una capacidad infinita para detestar a la humanidad entera, logra sentir un odio nítido y más intenso hacia algunas formas de música popular. Enfermo de tedio y desesperado por dar sentido a una vida sin rumbo, traza un plan para eliminar a los integrantes de un conjunto vocal llamado La Década Dorada. Repite cada tanto que este ejemplifica la decadencia de costumbres y aprovecha cada ocasión para ostentar su amor por la música clásica, aunque no hace el menor intento por elaborar algo en torno a su valor ni para relacionar la música pop con todo lo que considera despreciable en la sociedad que la creó (en este caso la España de principios de los años noventa).

La novela está limitada por un vasto número de flancos: el plan nunca llega a ser verosímil (aunque en él se base toda la trama) y la narración se siente, la mayor parte del tiempo, más como un síntoma que como un comentario del hastío que se propone retratar. Pero de manera involuntaria ejemplifica con precisión el desarrollo de esa melofobia selectiva, casi universal hoy, hasta el extremo de la caricatura. El protagonista ostenta una y otra vez su gusto por la música clásica como una muestra de su superioridad intelectual y moral, pero su desinterés por toda reflexión que vaya más allá de la superficie deja sospechar que sus gustos musicales representan para él poco más que una